

Me casé con un extraño

Ante mí está sentada Natividad, una mujer triste, ya madura, pero que le queda mucho por vivir; una mujer que recibe la llamada de un recomenzar, pero que se siente sin fuerzas para emprender el nuevo camino; una mujer enferma de depresión, una más entre tantas, que un marido ha llevado a la despersonalización. Es casi como si conversara con Nadie. Me hubiese gustado nombrarla Nadia, un diminutivo ruso del nombre Esperanza, pero ella es Nadie, que debe renacer... La escucho lamentarse de su suerte y sé que ella también es culpable; ha permitido y propiciado el camino hacia la pérdida de la autoestima. Le llaman Natividad, pero pudiese llamarse María, Josefa, Juana, Lourdes o ser tú misma y, por qué no, tú mismo.

“Si tuviese que escribir mi historia, la titularía: *Me casé con un extraño*” – comienza así su propio relato. Mas le detengo y le preciso hablar sobre su niñez, sobre la relación entre sus padres y de sus padres hacia ella; comparar el trato recibido por los diferentes hermanos, según su orden de nacimiento. Natividad es una hija sándwich, un término que en Psicología se utiliza para denominar a los hijos que nacen, por lo general, detrás de un primer hijo deseado, pero que tienen la desdicha de venir al mundo con el mismo sexo del primogénito; no obstante, la definición psicológica se queda corta ante la inmensa cantidad de hijos e hijas, que con independencia del sexo que le precede, no reciben un trato similar al primogénito, ni son amados del mismo modo, así como aquellos hijos no deseados, que aún siendo primogénitos son torturados diariamente por padres, que muestran preferencia por su hermano menor. Este no es, exactamente, el caso de Natividad, quien todavía no era Nadie, sino una niña obediente, algo tímida y muy católica, pues es hija de una familia numerosa, la cuarta hija; ella pertenece a un paquete de hijas sándwich, ubicado entre la primogénita y el benjamín de la familia. Con una madre severa, la que no valoraba su dedicación y buen quehacer en los estudios, sino que jamás se mostró conforme con el hecho de que no se aplicase lo suficiente

en las labores de la casa y un constante decir, “Esta niña es una haragana” creció la holgazana Natividad, arropada por su padre; con muy buenas calificaciones culminó el bachillerato e hizo varios cursos hasta graduarse en Administración.

Quería seguir estudiando, irse a la capital, pero se imponía la necesidad de trabajar y se fue a Holanda, un país del otro lado del Océano Atlántico, bañado por las aguas del Mar del Norte, unas frías aguas contenidas por numerosos diques, que como guardianes se erigen entre un mar profanado y los ladrones de su espacio vital; un mar con camisa de fuerza, que ha dado lugar a una amplia planicie, surcada por pequeños canales; una llanura verde, interrumpida por pequeños pueblos, que parecen salidos de un libro de cuentos; aquí y allá, un molino de viento para recordar que se está en los Países Bajos, The Netherlands. Al verlos, Natividad sólo evocaba la batalla del Quijote contra los molinos de viento, leída en las aulas del Instituto de su ciudad natal; a diferencia del Quijote ella se encontraba sola en un país desconocido, donde se hablan otros idiomas y a merced de una familia, que le contrató para cuidar a un niño y la había convertido en la criada interina de la casa. La abuela de la familia, oriunda de las tierras que le vieron nacer, le había traído en unas vacaciones para que cuidase del nieto, pero el hijo y la nuera holandeses no tenían miramientos para con ella. Natividad voló cargada de ilusiones y esperanzas; creyó que iba a conocer y recorrer mundo, enriquecerse como individuo. Mas comenzó a sentirse vejada en sus comidas a solas en la cocina, tras servir la mesa a los dueños de casa; en los días de lavado, en que su habitación era usada, además, para tender la ropa, lo que sumaba al mal aspecto la humedad desprendida de la ropa en un país que el frío calaba sus huesos, tan acostumbrados a la calidez de las costas del Caribe o al suave clima de la montaña, de aquella amplia meseta, en que se encontraba asentada su ciudad, una ciudad de América. En otras ocasiones, se guardaban allí los trastos viejos y se le daba para vestir ropa, que no se ponía en bolsas en la calle, para que en las noches o temprano en la mañana, antes del paso del camión de la basura, hurgasen los pobres en busca de calzado y abrigo.

Se le permitía salir muy poco y, con ello, se reducía su posibilidad de contacto con el mundo externo, conocer a otros seres humanos, encontrar un trabajo más digno e, incluso, aprender el idioma del país. Natividad no hablaba ninguna de las tres lenguas que forman parte del habla cotidiana de Holanda; sólo era capaz de un breve intercambio en inglés, una de las lenguas, logrando una comunicación elemental, al nivel de un niño de primaria, de preescolar. Fue algo más de un año que vivió en condiciones de maltrato humano, se enfrentó al dolor, la soledad y la humillación, durante el cual se pisoteó su dignidad. En una de esas escasas salidas, en que solía visitar una especie de Casino Español en busca de un intercambio en su propia lengua, de un contacto con el componente central de su identidad, conoció, mejor dicho, se encontró con Rafael.

Estableció una relación, que se limitaba a charlar un poco y corresponder a alguna invitación a bailar de forma ocasional, pero que le permitía hablar su idioma y sentir un poco de calor humano. Este nuevo ¿amigo? se convirtió en su asidero al mundo, dentro de un mundo que le resultó ajeno y hostil. ¿Era hostil Holanda para con los extranjeros? En realidad, no; todo lo contrario, es un país de gente amable, abierta, fácil de contactar y comunicarse, pero para relacionarse hay que hablar, tener gestos amplios y estar abierto a otros. Al parecer, ese primer encuentro humillante con una familia holandesa de un ser tímido, como Natividad, le llevó a enquistarse, a hundirse en su propia soledad y escarbar en su fuero interno entre los momentos más tristes de su existencia. Rafael fue su válvula de escape; fue su primer antidepresivo. No le conocía, ignoraba los entresijos de su mente y su alma, sus secretos íntimos; esos que llevamos auestas todos los seres humanos. Incluso, Natividad tendría que tener secretos propios, no confesables, pero que en una relación íntima van abriéndose paso hacia la luz. ¿Por qué ambos habían llegado a edades avanzadas sin haber tenido una relación estable? ¿Acaso sólo buscaban escapar de sus respectivas soledades, refugiándose en dos soledades acompañadas?

Rafael era un hombre algo mayor que ella y que había recorrido mucho mundo; también un tanto solitario, aunque sí tenía un grupo de amigos con los que solía reunirse. Salió, siendo un adolescente, de la Montaña y surcó el Mar Cantábrico en busca de nuevos horizontes; navegó muchos mares hasta desembarcar de forma definitiva en el puerto de Róterdam y ubicar allí su residencia, en un apartamento de un barrio obrero. Cambió el cuarto de maquinaria de un buque por las maquinarias de una fábrica en tierra ¿firme? Hizo vida de obrero durante largos años antes de encontrarse en aquella tarde de sábado, de un frío invierno holandés, más frío de lo usual, en medio de esa isla hispana de la ciudad de Róterdam, hacia donde escapaba la comunidad hispano-parlante en busca de la sonoridad, musicalidad, grandeza y sobriedad de su lengua, de los jamones ibéricos y el buen vino de la Rioja, por no decir de España, para culminar la noche con un espumoso cava. En medio del jolgorio, apareció Natividad, cual ave asustada, paloma herida, nueva presa, carne fresca. ¿Se echó una moneda al aire o el aire sopló entre dos que estaban solos? Allí estaban uno frente al otro, intercambiando las frases de siempre, las mismas que se dicen todos los hombres, que se encuentran por primera vez y no tienen nada qué decirse desde el principio de los tiempos. Una bocanada o un sorbo de la copa de vino, una mirada a la concurrencia llenó aquellos vacíos en cada uno de los encuentros.

“Mi regreso a casa estuvo acompañado de las cartas de Rafael y el no hallarme en ningún lugar. Ya no pertenecía completamente a mi lugar de origen, pero tampoco al que había abandonado. No sabía con exactitud qué quería, pero sí creía estar segura de desear volver a la tranquilidad de Holanda, a ese modo de vida un tanto diferente, que de cierto modo ya había hecho propio sin pleno conocimiento. Una vez más, Rafael se convirtió en mi salvador o en el cabo a que me aferraba en medio de mi extravío. Por correspondencia nos comprometimos y mi regreso fue a través de Madrid y Santander, donde una novia, que no era en realidad más que una conocida, y no muy bien

conocida, era presentada a su familia como su futura esposa... Vivíamos en su apartamento del barrio obrero, en calidad de amigos o de extraños. Hoy no sabría decirle con exactitud. Era algo similar a dos, que compartían un piso con la intención de conocerse un poco mejor desde la privacidad de sus respectivas habitaciones, que de cierta manera habían llegado a un acuerdo de contraer nupcias y hacer una vida en común; dos seres adultos, maduros, algo pasaditos, que se comportaban cuales adolescentes de los años cincuenta dentro de la libertad sexual de finales del segundo milenio, a las puertas del siglo XXI... En mi noche de boda me encontré ante un hombre extraño, que me mostraba su desnudez, del que no conocía sus caricias ni sus besos. ¿Fue tierno? No, sólo me penetró; cumplió con su obligación matrimonial, dio la espalda y se durmió... Con el tiempo me atreví a hacerle una tímida sugerencia, “Rafael, ¿Usted no se ha fijado en las películas cómo los amantes se acarician antes de emprender el acto sexual propiamente dicho?” Hizo caso omiso. He sido siempre una mujer utilizada; una mujer no satisfecha sexualmente. He vivido durante largos años con un ser desconocido, que llegaba a casa después del trabajo y de haber bebido algunas copas de vino o varias cervezas con los amigos. Para ser franca, por mucho tiempo fue amable de palabras y no utilizó ninguna frase burda en su relación conmigo, mas en presencia de los amigos no dejaba de decir vulgaridades y tacos sin ningún tipo de miramiento hacia mí. Provengo de una sociedad y de un grupo familiar, en el que no se suele proferir obscenidades y, mucho menos, improperios contra Nuestro Señor. Soy profundamente católica y fue ese, precisamente, el primer blanco del ataque psicológico hacia mi persona, hacia mi autoestima. Avanzado el tiempo, una de las ofensas preferidas sería el llamarme india con un tono despectivo. Lo curioso de este hecho es que un ser humano, que se considera a sí mismo racional, ofenda a otro por su origen étnico, pero al mismo tiempo desconoce parte de este origen, lo borra, pues me hubiese podido ofender por mi raíz también hispana, la que comparto con la india sin mayor trauma y que están tan hundidas en el pasado, que ni yo misma las conozco. Sólo sé que soy mestiza, porque conjugo características

genéticas de dos razas. ¿En qué soy culpable si es que hay alguna culpabilidad en el mestizaje de todos los pueblos del mundo? ¿Es culpable el género humano de haberse ido conformando de los hijos de Dios y de las hijas de los hombres, según reza en Génesis? Hasta en ese primer libro de Nuestra Santa Biblia, que hunde sus raíces en un tiempo desconocido hasta hoy, los hijos de Dios se percataron de que las hijas de los hombres eran bellas. Es más, en muchos pueblos se conserva la creencia de que la mezcla de razas trae como resultado seres más inteligentes... No quiero profundizar en estas cuestiones, ni en un sentimiento racista que se tiene como de muy mal tono en sociedad, pero que a la menor discrepancia brota del interior cual Alien... “¿Si no te gustaban las indias y me consideras tal, para qué te casaste conmigo? ¿Cómo es posible que ames a tu hija por cuyas venas también corre, junto con la sangre hispana, la indoamericana? ¿Acaso puedes tú afirmar y demostrar una pureza de raza? ¿Existe alguien en el mundo a estas alturas que pueda?” – le hablaba suavemente, porque ese es mi modo particular de expresión; no me gusta imponerme a otros, pero tampoco me siento bien cuándo otros lo intentan hacer conmigo; pero no, no valía la pena, ni vale, tratar de razonar inteligentemente con quien sólo quiere ofender, con quien maltrata de palabras y acciones a otro individuo, ya sea su esposa o ser humano cualquiera. El necio no es más que eso, un necio, y el insulso desdichadamente tiende al mal, por lo menos es lo que he aprendido de la sabiduría antigua, recogida en La Biblia... Estoy contándole mi historia de vida, sólo interrumpida acá o allá para encausar la narración, para puntualizar; me penetra con la mirada, una mirada que trata de leer el fondo de mi mente. De cuando en cuando, comprueba el buen funcionamiento de la grabadora. Es mi primera entrevista con una profesional. Yo he venido a buscar el apoyo y la comprensión de una hermana católica y he encontrado a una socióloga que me interroga, me hace meditar sobre mi propia vida, una persona que me mira fijamente con un dedo colocado sobre sus labios para imponerse silencio y no verter criterios. De pronto me interrumpe

para preguntar sin piedad, desde la frialdad de las ciencias”. “¿Cuándo te pegó por primera vez? ¿Antes o después de nacer la niña?”.

Natividad me mira con cierto asombro, pero niega al instante haber recibido maltrato físico. Insisto, “¿Cuándo y por qué te dio la primera bofetada? ¿Cuál fue tu reacción?” Ahora niega categóricamente y afirma, que sólo se trata de un caso de maltrato psicológico. Sé que miente, que su falso orgullo no le permite admitir ante terceros el hecho de haber recibido, y consentido, maltrato físico; el haber aceptado las frases de arrepentimiento de siempre y aquel “Jamás volverá a ocurrir. Perdóname. Pero, es que tú tienes la culpa por sacarme de mis casillas. Te juro que es la última vez”, aquel amor jurado y nunca sentido, aquella necesidad de concluir juntos la vida y encaminar a la niña por las sendas de su propio destino, responsabilidad que debe ser compartida por ambos de conjunto... Natividad no parece ser una mujer histérica, sí muy sufrida; algo introvertida, es posible, en su relación de pareja, no tiene los rasgos de una mujer agresiva, más bien, sumisa.

Al percatarme de que por este camino se cerraba al diálogo, le sugerí hablarme de su embarazo y del nacimiento de la niña. Tras medir mis intenciones, “Realmente, ninguno de los dos esperábamos tener un hijo; no lo buscamos. Fue un hecho fortuito, un hecho al que nos enfrentamos al recibir la información del médico. No estábamos preparados psicológicamente para ser padres y desde el punto de vista económico no contábamos con las mejores condiciones para tener un hijo. En primer lugar, Rafael hacía unos pocos días, que había perdido su empleo y yo lo perdería al avanzar mi estado de gestación. Esta cuestión hizo más tenso el embarazo y yo tuve que asumir todos los gastos de la niña, que estaba por venir. Para colmo sus ahorros los había invertido en unas acciones, que le hicieron perder casi todo sin siquiera tomar en cuenta mi opinión”. “¿Acaso no tenían una economía común?” – quise ampliar sobre el aspecto económico, el que surgía por primera vez en la entrevista con mucha fuerza. No tenían una economía común, cada cual aportaba parte de sus ingresos a la convivencia desde sus respectivos bolsillos; se habían repartido los gastos y cuando

alguno estaba sin empleo se quedaba dependiendo del otro la parte central de los gastos comunes. Todavía hoy tras diez años de matrimonio no han logrado formar una economía común, pero sigue siendo la economía el eje central de su relación de pareja y la llave de sus decisiones. Su primera gran depresión fue una depresión post-parto, profundizada por la estrechez de recursos; una depresión que se extendió por casi un año y que sólo fue superada gracias a una amiga, que le acompañaba en sus paseos y conversaba con ella, la escuchaba y trataba de comprenderla; por parte de su familia, siempre escuchó que su lugar estaba al lado de su marido y su hija, lo sigue escuchando hoy, en que camina como una ovejita perdida en los confines de un rebaño ajeno.

Vuelvo al ataque, “¿Cómo se han comportado tus relaciones sexuales? ¿Cómo eran antes y después de nacer la niña? No sólo me refiero a calidad, sino también a frecuencia”. “Normales” – me responde. “¿Qué quiere decir normales para ti? Explícame eso con detalles, aunque no es necesario caer en intimidades” – le lanzo un reto, que le obliga a hacer un esfuerzo, “Teníamos relaciones como es normal en Holanda, donde la gente trabaja mucho y necesita descansar para ir al otro día al trabajo. Bien, como norma, se suele tener relación una vez al mes, algunas veces la frecuencia es menor”. “¿Y tú consideras eso normal? – le interrumpo -. “Allí es normal”. Ya no me contengo y rebato, “Eso no es normal ni en Holanda, ni en Rusia, ni en ninguna parte, pues los esquimales, que no tienen relaciones sexuales durante meses, mientras están invernando, lo que se debe a las condiciones extremas y a la necesidad de no consumir energías, llegado un mejor tiempo se pasan semanas de constantes relaciones, no paran de copular durante días... No, eso no es normal. Y tú como latina lo sabes – hago una pausa -. Yo he vivido en Rusia muchos años en mi juventud, donde hay mucho más frío que en Holanda y se sale a trabajar o a la escuela sin ser aún de día y se regresa con las primeras penumbras de la tarde o alumbrado con las luces artificiales de la ciudad, sé que ello no influía sustancialmente en el deseo sexual, ni en la calidad. Te podría contar una experiencia propia con un amigo húngaro, un amante de paso, que vivía con la creencia de que mantener

relaciones sexuales frecuentes, satisfactorias y varias veces en un día podía provocar impotencia. Ese infeliz hacía el sexo como un perro. Tampoco era así, pues los perros, cuando la perra está en celo, pueden mantener relaciones mucho tiempo, con una constancia frenética, de forma obsesiva. En fin, que aquel hombre joven desperdiciaba su virilidad por falsas creencias, que muy probablemente le llevarían a una impotencia prematura. Aunque estaba perpleja por su mal funcionamiento, nunca exterioricé mi desagrado, por lo que él estaba seguro de que funcionaba a las mil maravillas. Recuerdo, que un día antes de partir definitivamente de regreso a su país, fue a despedirse. Ya hacía algún tiempo que no estábamos juntos, pero nos despedimos, como corresponde a quienes han sido amantes y no se volverán a encontrar. Ese mismo hecho lo hacía más libre, pues no temía la probabilidad de un embarazo, en que tuviese que cargar con la responsabilidad... Se le veía más maduro. Fue más efusivo y rindió un poco mejor. Antes de irse me hizo una observación, “Hoy has estado mucho mejor”. Yo sólo me sonreí... Así son los hombres con demasiada frecuencia, Natividad, si la relación de pareja no funciona la culpa es de la mujer. Si no saben cómo satisfacer a una mujer, la culpa es de la mujer, a la que ellos no saben despertar su sexualidad. A un número importante de mujeres, la mayoría de las veces, le pasa como a ti, que su marido no se preocupa por la satisfacción de su pareja, sino sólo por calmar sus apremios. Si la mujer no llega al clímax, se le acusa de frigidez. ¿Sabes lo que pienso? Pues, que no hay mujeres frías, sino insatisfechas; que no hay muchas mujeres estériles, sino que no se pueden reproducir con el hombre que han elegido. Siempre me ha llamado la atención una cuestión relacionada con dos matrimonios conocidos, que no podían tener hijos en común y fueron sometidos a exámenes, incluso, se intentó la reproducción asistida en ambos casos; al pasar el tiempo, cada cual cogió por su lado y las cuatro personas con sus nuevas parejas han tenido hijos sin necesidad de ningún tratamiento. Eran matrimonio ante los hombres, pero no estaban diseñados para ser parejas efectivas, por lo menos no compaginaban en la labor de la reproducción. Aunque poder reproducirse tampoco garantiza la satisfacción y

compatibilidad sexual. Para mí está muy claro, que hay personas compatibles e incompatibles, y que una incompatibilidad sostenida lleva a la frigidez en la mujer y a la impotencia en el hombre. Aquí sólo te hablo de mi observación y de algunas lecturas aisladas, nunca como especialista. ¡Dios me libre! – vuelvo a hacer otra pausa antes de avanzar en un tema que sé le resultaría incómodo -. Bien, ¿cuándo sentiste necesidad de autosatisfacerte?”

No da crédito a sus oídos, pues ella había conocido a esa Señora en la parroquia y un amigo común, muy beato y santo varón, le había llevado para que conversase con ella, le había dicho que sería bueno, que compartiese con esta amiga sus preocupaciones; ¿cómo era posible que le preguntase con tanto desenfado una mujer, a quien había visto en posición orante, beatísima?, “Parece, que no comprendiste la pregunta. ¿Cuándo comenzaste a masturbarte? ¿Qué te motivó?”. “No, nunca me he masturbado. Eso no entra entre las cuestiones que me puedo permitir. Ni siquiera sé cómo una mujer se puede autosatisfacer. Jamás he hablado sobre estos temas con nadie” – responde alarmada. Ahora sí estaba siendo completamente sincera. Le tuve que explicar, que ese era un modo más de alcanzar la satisfacción sexual; por supuesto, que no era comparable con unas relaciones sexuales de pareja plenas, pero que permitía canalizar los flujos, los humores, y disminuir las carencias sexuales y, por tanto, la agresividad, irritabilidad y depresión, a que conduce una prolongada insatisfacción y la frustración sexual reiterada. Le expliqué que la mayoría de los problemas psicológicos, que se manifiestan en la etapa adulta del individuo, tenían su origen en la infancia o en relaciones sexuales no satisfactorias, que, incluso, muchos problemas de la infancia, que salen a la luz en el recapitular de la vida, que tiene lugar al pasar la curva de los cuarenta, lo que puede darse antes o después en dependencia de la madurez del individuo, proceden de la relación con los padres en sus primeros años de vida, donde el componente sexual, según el criterio de muchos especialistas, aunque otros creen que es una exageración freudiana, juega un papel determinante. Yo, en particular, me inclino ante Freud, si bien, lógicamente, pueden estar, y de

hecho están, presentes otros factores, que hacen mucho más complicado el análisis... Cómo te habrás dado cuenta, ya he abandonado la entrevista para tener un intercambio de criterios contigo a otro nivel, como intelectual y como ser humano. Sé, que te ha extrañado que alguna persona de la Iglesia te hable como yo, pero el propio San Agustín, que era un venerable santo y sabio, aconsejaba a las monjas y a las viudas masturbarse. Es evidente, que con ello trataba de suplir la insatisfacción sexual y paliar sus consecuencias psicológicas en alguna medida, así como el daño que una persona insatisfecha puede producir a las personas que le circundan. Mas se equivocaba mi buen San Agustín, no sólo las monjas y viudas, propiamente dicho, necesitan de la masturbación, sino todas las personas insatisfechas sexualmente, aún, teniendo pareja o, tal vez, San Agustín agrupase a todos los insatisfechos y los que observasen abstinencia sexual bajo el concepto de monjas y viudas”.

“Ciertamente, los consejos más fuertes los he escuchado de religiosas consagradas antes de hablar con Usted. Ellas, como Usted, me han dicho sin más vuelta: “Divórciate. Y si se quiere quedar con la niña, déjasela”. Nadie, perdón, Natividad en este punto duda, pero tampoco es consistente; creo que quiere a la niña y le gustaría tenerla con ella, pero no parece ser un factor determinante. Una y otra vez, lo que define su decisión o indecisión es el aspecto material, el lado económico del asunto, al igual que cuando planteó el divorcio por primera vez y huyó a su país con la niña con el pretexto de ir de vacaciones, y ni siquiera se atrevió a comunicarle a Rafael sobre el inicio del proceso de divorcio ... Volvió a Holanda con la niña, regresó a la cama de Rafael, pues él no quería vivir separado de su hija, su única familia en Holanda, la única familia que verdaderamente había formado; mas no fue ese el motivo de Natividad, sino el no haber encontrado un lugar al que volver en su casa paterna; el ser una hermana distante, que al partir había perdido los derechos en la casa familiar y su lugar había sido ocupado por otros miembros de la familia que habían permanecido o nacido en ella. Con un “Aquí no tenemos sitio para ustedes” dicho por una de sus hermanas regresó adónde no era necesitada ni esperada, donde sólo era requerida, en realidad, la

presencia de la pequeña y ella sería la interina de la casa de su familia, que por obligaciones matrimoniales de muy cuando en cuando se le imponía un contacto sexual. Mientras Rafael no la apremiaba sexualmente, parecía que la relación funcionaba y que había cierta paz, hasta armonía se podría decir. Otras veces, sin motivos aparentes uno de los dos explotaba por la carga de rencores y rechazos contenida, acumulada en sus respectivos interiores.

La cercanía de la tercera edad y una prejubilación de Rafael le trajeron de regreso a la Montaña, es decir, a su Santander natal, que ahora llevaba el nombre de Cantabria; no lo hicieron al pueblo del que había salido, en la adolescencia tardía, sino a la ciudad capital, a la bella capital del Norte, que se abre a la espléndida Bahía de Santander y ha comenzado a extenderse por la rivera del Mar Cantábrico hacia el Oeste, desde donde sopla El Gallego, con un mar que embiste de frente, como toro salvaje, en los días que llegan los gélidos vientos del Norte, del Polo Ártico, expulsados por esa cúspide de la Tierra, harta de tanta frialdad y marginación... Por las calles de Santander, por sus verdes y cuidados parques, anda una mujer triste que clama por compañía, por un abrazo amigo, que se abraza al primero que le tiende la mano o le dirige una palabra amiga; una mujer que llora al conversar, que hunde sus ojos en la tierra, que pisan sus pies; una mujer sumida en la soledad de una familia, que la quiere expulsar de su seno sin su sarmiento y sin sustento; una persona que necesita ayuda para no acabar con su existencia.

Santander, 27 de julio de 2005,
Día de San Pantaleón, uno de
los tres santos de mi abuela
asturiana habanera.